

# Etnicidad, racismo y pensamiento peruano: Clemente Palma, José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez

Milagros Carazas

En recientes estudios se ha llegado a la conclusión de que el racismo científico del siglo XIX fue la ideología implícita del Estado oligárquico peruano, sobre todo entre 1895 y 1968.<sup>1</sup> Sin embargo, estas ideas aparecen diluidas ya que no llegó a ser una ideología oficial; por el contrario, estaban corroídas por las ideas liberales y democráticas de la época, siendo reprimidas tras la Guerra con Chile. Pero aun así sirvieron para fortalecer la dominación del grupo aristocrático sobre las masas analfabetas de los indios y demás grupos étnicos minoritarios, además de legitimar sus privilegios y justificar su sometimiento.

Ya en el siglo XX el racismo no se profesaba de manera abierta, pues la opción era otra: las ideas democráticas y la defensa de la igualdad de las razas. Después de todo, el mestizaje y las migraciones del campo a la ciudad han generado la andinización de la costa y un proceso de cholificación en las últimas décadas. El nuevo discurso oficial, entonces, nos conduce a la imagen de que este es un país plurirracial y multiétnico, el país de «todas las sangres», con lo que el racismo y la discriminación quedan confinados a lo privado, al espacio doméstico; no desaparecen, siguen vigentes de manera velada.

De ahí que nuestra intención en esta ponencia sea analizar el discurso ensayístico que tiene como tema principal la reflexión sobre las razas y, en particular, la representación del sujeto afroperuano. Para esto hemos elegido a Clemente Palma, José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez.

Para empezar, Clemente Palma (1872-1946), quien escribió una singular tesis que tituló *El porvenir de las razas en el Perú*, en 1897. Fue presentada para optar el grado de Bachiller en Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Según Gonzalo Portocarrero, este es un trabajo que bien «puede ser considerado como el manifiesto del racismo radical».<sup>2</sup> Basta observar que el único autor citado es nada menos que Gustave Le Bon (Francia, 1841-1931) quien fue un divulgador de las ideas de Ernest Renan, Joseph Arthur Gobineau y Hippolyte Taine, los representantes del «racialismo» francés del siglo XIX. Su libro más difundido es justamente el citado

---

<sup>1</sup> Portocarrero, Gonzalo. «El fundamento invisible: función y lugar de las ideas racistas en la República Aristocrática». En: Panfichi, Aldo (y) Portocarrero (eds.), *Mundos interiores. Lima 1850-1950*, Lima, Universidad del Pacífico, 1995, p. 219.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 225.

por Palma, *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples* (1894), a cuyas ideas el joven tesista parece afiliarse por completo.<sup>3</sup>

La tesis está dividida en nueve secciones (del I al IX) y tiene apenas 39 páginas. En la introducción, que es la sección I, se sostiene que el género humano está dividido en razas y que estas pueden ser superiores (encaminadas al progreso y la civilización) o inferiores (inútiles e imperfectibles). Además, se reprocha el «cruzamiento» (racial) porque el resultado son las razas enfermas.<sup>4</sup> La sección II se centra en las razas del Perú y en la descripción de sus características basadas en la propuesta de Le Bon. En opinión de Palma, las razas en este país son cinco, a saber: 1) india, 2) española, 3) negra, 4) china y 5) mestiza. A la segunda la llama «raza nerviosa» aunque «superior»; mientras que la primera, la tercera y la cuarta son en sí «razas inferiores»; en tanto que la quinta es producto del cruzamiento de las tres primeras. Para efecto de esta ponencia, empezamos citando lo siguiente:

La raza negra, raza inferior, importada para los trabajos de la costa desde las selvas feraces del África, incapaz de asimilarse á la vida civilizada, trayendo tan cercanos los atavismos de la tribu y la vida salvaje [p. 7].

A continuación Palma dedica una sección a cada una de las razas referidas (del III al VIII), en la que señala una a una las características o, mejor dicho, más vicios que virtudes. En cuanto a la raza negra apunta, por ejemplo, que su condición natural la ha sumido en un estado de animalidad y permitido el desarrollo físico corporal en el África, lo cual la ha distanciado de la vida racional:

Esa vida puramente animal del negro, ha anonadado completamente su actividad mental (si es que alguna vez la tuvo) haciéndole inepto para la vida civilizada [p. 21].

Sin embargo, Palma sostiene que como no ha habido desgaste de su raza, el negro no es una raza decrepita pero sí inferior, por lo que apenas conserva energías con las cuales ha sido dotada. En este sentido, la raza negra es «adaptable» a la civilización:

---

<sup>3</sup> Es muy esclarecedor el resumen de ideas que hace Tzvetan Todorov en *Nosotros y los otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*. México, Siglo XXI Editores, 1991.

<sup>4</sup> Palma, Clemente. *El porvenir de las razas en el Perú*. Lima, Imp. Torres Aguirre, 1897, p. 2.

La raza negra es más adaptable que la raza india, o mejor dicho, presenta menos resistencia a la acción civilizadora de las razas indoeuropeas [p. 22].

Más adelante, Palma reconsidera algunas bondades de la raza negra, pero sin obviar los estereotipos que se tenían en la época.

En lo que hace al carácter, el negro es fiel, es sociable y fanático; al mismo tiempo es cobarde, rencoroso y sin energía. En la raza negra hay un elemento de degeneración que si no ha producido sus efectos es por la naturaleza misma de la vida salvaje, que tonifica su organismo, y por la inactividad de su vida mental. Ese elemento es la sensualidad, la lujuria desmedida de esta raza, que tiene en su sangre los ardores de ese sol que calcina los desiertos [p. 22].

Aquí es evidente que Palma apela al determinismo geográfico para explicar el sensualismo del negro. Pero acaso lo que está en juego es, en realidad, que el goce del otro es distinto, más próximo a la animalidad y al instinto y, por consiguiente, es rechazado. La desmesura es señalada, entonces, como un signo negativo y degenerativo al mismo tiempo; en consecuencia, es considerada una raza inferior, incapaz de acceder a la intelectualidad y lejos de constituir una nacionalidad.<sup>5</sup>

Por último, la sección X responde al planteamiento principal, el porvenir de las razas. Como se ha visto, la imagen del Perú era desoladora para Palma, sin esperanzas de progreso. En tales condiciones parece más saludable el exterminio; a eso están sentenciadas la raza «india», «negra» y «china». A la primera le queda cruzarse o, mejor dicho, el mestizaje; a la segunda, la desaparición por absorción, ya que el mestizaje producirá un proceso de «blanqueamiento» en el mejor de los casos; y la tercera desaparecerá por su falta de adaptación o incluso por una disposición del gobierno. Por consiguiente, no tienen ningún porvenir en este país. En cambio, la raza «criolla» se salva por ser una raza media y necesitará cruzarse (o purificarse) con la raza «alemana» (entiéndase, aria), para adquirir esas condiciones de intelectualismo que no posee supuestamente. En palabras de Palma, esto es necesario y debe convertirse en una política de Estado, así se alcanzará la felicidad, la superioridad y el progreso.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> López Maguiña, Santiago. «Racialismo e identidad (Palma, González Prada, Mariátegui)». En: *Lienzo*. N° 17, agosto, 1996, pp. 310-311.

<sup>6</sup> Palma, Clemente *ob. cit.*, pp. 23-39.

Como se advierte, Palma encarna las ideas racistas de Le Bon y del intelectualismo positivista de finales del siglo XIX, acorde con una perspectiva etnocéntrica y utilitaria, pero con algunas ligeras diferencias. El estado de las razas en el Perú es hasta cierto punto desalentador para el joven escritor. Las razas inferiores dominan el panorama local y no contribuyen a la construcción de una nación; sin embargo, la esperanza se centra en el mestizaje, lo que para un europeo inmerso en la doctrina del racismo científico sería impensable. Palma opta por la purificación de la raza criolla como fuente de salvación al problema racial en este país, solo así será posible el progreso y su porvenir. Estos planteamientos nos parecen hasta cierto punto curiosos en Clemente Palma, hijo del tradicionalista Ricardo Palma, pues es bien sabido que este último era de ascendencia negra. Es notorio que el autor de *Cuentos malévolos* intenta anular lo que ha recibido como herencia; su caso es el de un intelectual que no puede escapar de la doctrina racista de la época, aunque eso signifique negarse a sí mismo como afrodescendiente.

En segundo lugar, José Carlos Mariátegui (1895-1930), quien, más acorde con su condición de «criollo» (en el sentido de proceder de la mezcla de la raza española y la raza india) realiza una tenaz defensa del indio en casi todos sus textos, influenciados por la ideología marxista. En su más conocido trabajo, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), intenta un diagnóstico pormenorizado de la situación del país. El autor debe remitirse al pasado, a la formación histórica del Perú, para explicar el origen de sus problemas. En particular, nos llama la atención dos ensayos en los cuales aparece una reflexión sobre el tema de las razas y, en especial, sobre el afroperuano.<sup>7</sup> Empezamos con «El problema del indio», en el que ya Mariátegui adelanta que este problema está relacionado indudablemente con la tenencia de la tierra. Para sustentar su idea, elabora una sumaria revisión histórica. Aquí aparecen los elementos que integran históricamente la sociedad peruana: el indio heredero del incario, el conquistador español, el negro esclavo y el criollo como resultado del mestizaje de los anteriores. Prefiere hablar de «raza indígena» y que su exterminio no fue del todo posible en la colonia; mientras que el esclavo negro fue traído del exterior y más bien ayudó a reforzar la dominación española. Este último, considerado más débil que el indio en la geografía andina, se dedicó al servicio doméstico y a los distintos oficios; sin embargo, fue elegido por el «blanco» para la mezcla racial, así se dio un mestizaje muy peculiar en la costa. Cabe resaltar que el intelectual socialista comete un desacierto, ya que si el negro ocupó la costa fue porque la economía colonial necesitaba de una mano de obra masiva en el cultivo de plantaciones (algodón,

---

<sup>7</sup> Para mayor información véase Juan José Vega. «Mariátegui y el racismo en el Perú». En: *La República*. Lima, 8 de abril de 2001, p. 26; Christine Hunefeldt. «Los negros y la esclavitud en las reflexiones de Mariátegui». En: *Anuario mariáteguiano*. Vol. V, N° 5, 1993, pp. 82-88; Roland Forgues. «Mariátegui y la cuestión negra». En: *Anuario mariáteguiano*. Vol. VI, N° 6, 1994, pp. 135-144.

caña de azúcar y vid), y no así debido a su supuesta limitación biológica para aclimatarse a la sierra, lo que ha sido rebatido extensamente en los últimos años.<sup>8</sup>

El otro ensayo que merece ser tomado en cuenta es «El proceso de la literatura». Se supone que es un texto dedicado íntegramente a demostrar que la literatura peruana ha pasado por un proceso de tres momentos bien definidos, para recordar: a) colonial, b) cosmopolita y c) nacional (o se encamina a ella). Sin embargo, Mariátegui retoma el tema racial en la sección «Las corrientes de hoy. El indigenismo». Esta vez su reflexión se orienta más a lo ideológico que a lo histórico. Entre otras cosas, el ensayista fundamenta que el indigenismo es un intento de reivindicar lo autóctono expresado por el indio; mientras que el negro y el mulato, al representar lo importado y lo colonial, no pueden ser de interés para «nuestra literatura». Se deduce entonces que sería impensable la producción del negrismo y, menos aún, de una literatura negra o afroperuana.

Más adelante, sostiene que las tesis hostiles al mestizaje basadas en Le Bon han sido reemplazadas por un cierto «optimismo mesiánico que pone en el mestizo la esperanza del Continente».<sup>9</sup> Para demostrarlo, el intelectual socialista revisa las ideas de dos importantes difusores del indigenismo latinoamericano: José Vasconcelos (México, 1882-1959) y José Uriel García (Perú, 1888-1965). En pocas palabras, Mariátegui es muy crítico de Vasconcelos porque este propone en su libro *La raza cósmica* que el mestizaje hará posible una raza ideal; cuando lo que debe interesarnos es lo concreto, el fenómeno producido históricamente, y no lo utópico. En cuanto a García, el ensayista revisa la idea de que el mestizaje en la sierra ha producido un «nuevo indio», como producto de la mezcla de las razas española e indígena, excluyendo al chino y el negro por haber aportado tan solo elementos negativos; de modo que el autor de *El nuevo indio* recae en las viejas doctrinas fundamentadas en la inferioridad de las razas, así como el determinismo geográfico.

Pero Mariátegui agrega que en el estudio sociológico acerca del indio y el mestizo lo más importante es su «aptitud para evolucionar» hacia la civilización y no enumerar los defectos y cualidades de las razas. Así, el mestizo es un nuevo tipo social que se asimila más rápido a la cultura occidental, aunque se desarraiga en el proceso; en cambio, el indio no está incorporado aún a la civilización porque está como detenido, aunque como sociedad autóctona encontrará su propio camino hacia esa civilización moderna. Como se aprecia, Mariátegui ubica el problema de las razas en el ámbito social y cultural. Se concentra más en el indio, siendo relegados el negro y el chino,

---

<sup>8</sup> Tardieu, Jean-Pierre. *El negro en el Cusco*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú – Banco Central de Reserva del Perú, 1998.

<sup>9</sup> Mariátegui, J. C. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Amauta, 1980a, p. 339.

porque «ninguno de estos dos elementos han aportado aún a la formación de la nacionalidad valores culturales ni energías progresivas».<sup>10</sup>

Otro aleccionador trabajo es «El problema de las razas en América Latina», que integra su libro póstumo *Ideología y política* (1969). Este texto fue presentado y discutido en dos eventos internacionales, uno en Argentina y otro en Uruguay, en 1929. Lo aleccionador es que consta de dos partes. La primera, «I. Planteamiento de la cuestión», fue escrita en su integridad por el propio autor; en cambio, la segunda, «II. Importancia del problema racial», fue trabajada junto con Hugo Pesce. Valga esta aclaración para entender por qué nos ocuparemos preferentemente de la primera parte. Aquí Mariátegui vuelve sobre lo mismo, para él las razas indígenas tienen la prioridad sobre las demás en América Latina, además, estas están estrechamente relacionadas con el problema de la tierra. Para mantenerlas en ese estado de atraso e ignorancia, la clase explotadora (primero española y criolla más tarde) se ha valido de falsos argumentos para fundamentar su inferioridad y su primitivismo, con lo que ha contribuido a la penetración imperialista.<sup>11</sup>

Sin embargo, cuando se detiene por un momento en la condición de servidumbre del negro, el ideólogo peruano opina lo siguiente:

El negro o mulato, en sus servicios de artesano o doméstico, compuso la plebe de que dispuso siempre más o menos incondicionalmente la casta feudal. La industria, la fábrica, el sindicato, redimen al negro de esta domesticidad. Borrando entre los proletarios la frontera de la raza, la conciencia de clase eleva moral, históricamente, al negro. El sindicato significa la ruptura definitiva de los hábitos serviles que mantienen, en cambio, en él la condición de artesano o criado [p. 28].

Esto significa que el problema racial, por lo menos en el caso del negro, se diluye, pasa a un segundo plano, y se resolverá al parecer cuando este se afilie a un sindicato y participe activamente como miembro del proletariado, en el que ya no hay o no deben existir las diferencias étnicas. Mariátegui es muy optimista al respecto, pero eso no explica por qué el tema racial y social sí es importante cuando se trata del indio y no cuando alude al negro, ¿es una cuestión de número, ya que la población indígena es mayor en este contexto?

Por un lado, Mariátegui afirma con cierto entusiasmo que las ideas racistas de los siglos pasados ya no están vigentes para 1930, en especial, la doctrina que atribuye defectos a las razas inferiores y defiende la raza superior (blanca), a la que pertenece la elite dominante, y que fueron

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 341.

<sup>11</sup> Mariátegui, José Carlos. *Ideología y política*. Lima, Ed. Amauta, 1987, pp. 21-27.

usadas para consolidarse en el poder y legitimar el sistema capitalista. Pero, por otro lado, el ensayista le resta bondades o no las encuentra en el negro y el chino, incluso los considera sujetos poco rescatables al no haber contribuido en lo absoluto en la formación de la sociedad peruana, salvo el elemento racial que complicó el mestizaje. Como antes, para él, el negro es un desarraigado y el chino un elemento ajeno. Nada más alejado de la verdad, pues el aporte cultural de estas etnias ha enriquecido nuestro país.

Para terminar, será momento de revisar la segunda parte del texto. Se trata de comentar el problema de las razas en un contexto mayor, América Latina. La preocupación se concentra en los indios, los selvícolas y los negros. Más que el elemento racial lo que es preocupante, en verdad, es su condición social de explotados, por lo que es necesario su participación en el cambio revolucionario como obreros y campesinos. Esta vez el problema racial se resuelve por medio del cambio forzoso del sistema económico.<sup>12</sup> Más adelante, en las secciones finales, se describe la situación económica, política y social del negro, el mestizo y el mulato en los países donde su población es más significativa. Vale la pena destacar un par de citas:

El rol económico del negro está ligado en general prevalentemente a la industria y dentro de esta, principalmente a la industria de la elaboración de productos agrícolas [p. 72].

En todos los países los negros tienen que luchar por sus reivindicaciones de carácter proletariado más fuertemente que contra los prejuicios y los abusos de que son víctimas como negros [p. 78].

Considerando lo anterior, quizá sea comprensible que Mariátegui, más identificado con el indio, busque sin duda su revaloración social, en comparación con otros grupos étnicos minoritarios, con los cuales no se siente ligado excepto por la condición de explotados. Sin embargo, su discurso excluyente y prejuicioso muestra una desinformación total de la resistencia del esclavo negro ante el poder colonial y de su valiosa contribución a nuestra cultura.

En tercer lugar, Luis Alberto Sánchez (1900-1994) es un reconocido historiador de la literatura peruana que hizo gala del biografismo y la obsesión por el dato durante mucho tiempo, pero que al final terminaron por convertirse en marcadas deficiencias de su obra.<sup>13</sup> Es clara la influencia temprana del filósofo y crítico de arte francés Hippolyte Taine (1828-1893) en la obra de

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 46-55.

<sup>13</sup> Sobre la obra de L. A. Sánchez, véase Miguel Ángel Rodríguez Rea. *La literatura peruana en debate 1905-1928*. Lima, Universidad Ricardo Palma, 2002. También Carlos García-Bedoya. *Para una periodización de la literatura peruana*. Lima, Latinoamericana Editores, 1990.

Sánchez. El resultado ha sido sin duda un acercamiento arcaico y positivista a la literatura y la realidad peruanas, que bien merece un análisis aparte en esta ponencia.<sup>14</sup>

Inicialmente vale la pena concentrarse en *La literatura peruana. Derrotero para una historia espiritual del Perú* (1928), libro con el que inicia Sánchez su estudio historiográfico de varios tomos sobre la literatura nacional. Basta observar que en el primer capítulo el autor peruano intenta «estudiar a grandes rasgos la evolución literaria del Perú, sin olvidar su evolución política, social, cultural, económica, puesto que sirve de irremplazable punto de referencia».<sup>15</sup> Este ya es un proyecto ambicioso, que incluso sobrepasa lo literario. Para lograr esto, Sánchez ha dispuesto su primer tomo, considerando dos capítulos imprescindibles, a saber: «El escenario» (cap. III) y «El intérprete» (cap. IV), que, en términos de Taine, no es otra cosa que el medio y el hombre. Recuérdese que el autor francés había planteado que para explicar todo fenómeno cultural era necesario tener en cuenta tres factores: a) el hombre (la raza), b) el medio (el clima, los elementos geográficos, las cuestiones políticas y las condiciones sociales), y c) el momento (la evolución como resultado de los dos anteriores, es decir, lo innato y lo adquirido).<sup>16</sup>

De tal forma que en el tercer capítulo «El escenario», Sánchez realiza una descripción del territorio peruano, dedicándose a sus regiones naturales: la costa, la sierra y la amazonía. Además, le interesa señalar cuál de estas han sido escogidas con mayor frecuencia para ser representadas en la literatura, en este caso, lo ha sido la costa. En cambio, en el cuarto capítulo, «El intérprete», se busca «determinar el tipo espiritual peruano» atendiendo al hombre o, mejor dicho, a los aportes de las diferentes razas en este sentido. Para el caso del Perú, Sánchez hará un esbozo de corte histórico sobre el indio, el conquistador español, el negro, el europeo, el asiático y el mestizo. Es obvio que el autor se apoya en estereotipos para definir a cada uno, por ejemplo:

Apareció el negro fetichista, con su sensualidad exacerbada por la esclavitud, con su credulidad de gente experta en el arte de desentrañar las secretas virtudes de las piedras de colores, los venenos de las plantas, el rugido de las fieras y los misterios del desierto y las selvas africanas. El negro avivó más aún la fantasía del indoespañol y despertó su sensibilidad [p. 104].

Al referirse al negro, Sánchez prefiere términos como el «etíope» o el «cafre», por ejemplo. Cuando se refiere a su cultura lo hace de forma interrogativa como dudando de su existencia. En

<sup>14</sup> Cornejo Polar, Antonio. *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima, Cep, 1989, p. 119.

<sup>15</sup> Sánchez, Luis Alberto. *La literatura peruana. Derrotero para una historia espiritual del Perú*. t. I, Lima, Talleres gráficos impresiones y encuadernaciones Perú, 1928, p. 15.

<sup>16</sup> Todorov, Tzvetan, *ob. cit.*, p. 182.

todo caso, «el negro no aporta una cultura propiamente dicha, entendida como ilustración libresco» (p. 218), pero sí está presente en la constitución del criollo. Si bien es cierto valora este aporte de índole racial, rechaza su cultura porque está pensando en el valor de la escritura, entonces al no haber producción literaria escrita no rescata nada en absoluto. Al final, Sánchez llega a la conclusión siguiente:

No es absurdo definir el tipo literario peruano como indoafroibero. Del indio ha heredado el alma, la desconfianza, la nostalgia, la tenacidad; del español, la expresión, el arranque, la locuacidad, el temor a lo sobrenatural, la abundancia expresiva —palabra o gesto—, la vanidad; del negro, el matiz, la sensibilidad, el sentido de la naturaleza, del color, del ritmo, la irreverencia, la anarquía, la insolencia y la belfa. Dos razas sometidas y una despótica forman el Perú literario: las dos primeras, burlonas; las tres, enemigas de las ideas generales y eminentemente antifilosóficas, con pequeña excepción a favor del indígena; las tres coincidentes en el culto a lo milagroso, en la estupefacción ante lo desconocido, en cierta carencia de sentido crítico hondo, aunque muy agudo para lo superficial [p. 114].

Nótese que para él, los aportes más significativos han provenido principalmente del indio, el español y el negro; y no así del asiático por considerarlo un elemento negativo, sobre todo el chino, que llegó al país como un siervo barato (como esclavo, en realidad), trayendo consigo la degeneración: la lujuria y el opio.

De otro lado, como sabemos, el libro de Sánchez tuvo varias ediciones posteriores. Lo llamativo es que el autor realizó algunas modificaciones y correcciones, en adelante. Para ilustrar este hecho, observemos a continuación algunos cambios surgidos a propósito de la edición de 1950. Aquí, más allá del reordenamiento de los capítulos interesa un texto que se agrega, nos referimos a «Panorama cultural del Perú», que antecede a los capítulos. Este fue presentado como conferencia en 1948. Cabe rescatar que tiene como secciones iniciales: 1) el medio; 2) el hombre; 3) el tiempo, entre otros. En otras palabras, esta disposición tiene nexos directos con Taine; su influencia es evidente. Pero no es todo, Sánchez ha reescrito algunos párrafos de los capítulos. Por ejemplo, en el capítulo «El intérprete» dice:

El negro aportó un sentido primitivo en lo carnal y lo estético [...] En todas partes fue así. El «moreno», como en Argentina y Perú solían llamar a los negros con piadoso eufemismo, era el mejor compañero de jarana, el guitarrero por excelencia, el matón, y ella, la «morena», la mejor nodriza, la mejor dulcera, a menudo, la mejor querida [p. 93].

Esto parece indicar que Sánchez al cabo de algunos años más y con mayor información tuvo que replantearse algunas de sus ideas. Aquí señala otra vez algunos estereotipos y restringe al negro a determinados oficios. Pero ya no duda de la existencia de una cultura negra e incluso rescata la literatura «zamba» de la costa a partir de autores como Palma, Valdelomar y Diez Canseco, quienes muestran en sus cuentos y tradiciones algo de este aporte africano. Pero más significativo le parece *Matalaché* de Enrique López Albújar por su acertada nota «sensual y pictórica».<sup>17</sup>

Sin embargo, el determinismo geográfico y el positivismo heredado de Taine será en Sánchez más anacrónico en su libro *El Perú. Retrato de un país adolescente* (Buenos Aires, 1958). El autor apunta que lo ha escrito entre 1948 y 1956, en el destierro político. El propósito es demostrar que este es un país en formación, que todavía no ha llegado a su madurez y la mejor imagen que tiene de este es, por consiguiente, la de un «adolescente plural irreductible».<sup>18</sup> Para lograrlo ha dividido el texto en siete capítulos: el primero es llamado «El cuerpo» y está dedicado íntegramente a la descripción de la geografía, el clima, así como las fronteras y los protocolos; el segundo capítulo es «El hombre», como era de esperarse; el tercero se concentra en «Las ciudades»; el cuarto trata de la política; el quinto se refiere a los aspectos económico-sociales del país; el sexto, «El alma», se centra en la educación; y, por último, el séptimo, a la religión. Como puede apreciarse, en este libro se intenta llevar a cabo una reflexión mayor que abarque toda la realidad peruana y proporcione entonces una imagen más adecuada y completa del país, acaso algo así como describir «el espíritu de la nación», en palabras de Taine.

Nos interesa más que nada el segundo capítulo, ya que se ocupa de las razas y del racismo. Lo primero que habría que acotar es que se trata de un capítulo sustentado con datos estadísticos del momento. Sánchez señala que este país «es una nación mezclada» (p. 65) como producto del mestizaje. Es más, desde su punto de vista, «sería necio hablar de racismo en Perú» (p. 65) y que «no existen prejuicios de raza» (p. 66), salvo en un mínimo grupo de herencia colonial. Lo que existe es una especie de racismo interindiano, es decir, los grupos quechuas del Cuzco se sienten inferiores ante el blanco (¿?). Más adelante, las secciones del capítulo están dedicadas a una descripción del indio, el blanco (europeo), el oriental (chino y japonés) y el africano (negro). Obsérvese el cambio en el orden a tratar el tema, que no es el mismo que en su libro anterior. Tampoco se puede descuidar que en esta ocasión las imágenes son más optimistas, Sánchez rescata algunas bondades de estos grupos étnicos tales como su cultura, la comida, etc., y rechaza

<sup>17</sup> Sánchez, L. A. *La literatura peruana...* t. I, 1950, pp. 226-227.

<sup>18</sup> Sánchez, L. A. *El Perú: retrato de un país adolescente*. Lima, Peisa, 1973, Biblioteca peruana N° 6.

las visiones un tanto negativas que antes manejaba, pero no así los consabidos estereotipos. Cosa importante es el mestizaje que, según el autor, ha provocado un complicado escenario y diversos destinos étnicos. En cuanto al negro opina que:

Traído en condición de esclavo, ya sabemos, fue verdugo al principio [...], y luego se hizo insustituible miembro del hogar. Fue el ayo, el cochero, el hombre de confianza, el leal, el alcahuete, el guardaespaldas, el cantor, el peón [...] Ellas, las negras, empezaron de nodrizas y siguieron como ayas, lavanderas, esposas, concubinas, amas de llaves [p. 86].

La negra era autoritaria y risueña, abusiva y tolerante, cómplice de las pilatunadas de los «niños» [...] La caterva de mulatitos, zambitos, cuarterones, quinterones y demás clasificaciones provenientes de vientres de ébano, pueblan nuestra historia. El negro varón, engreído, cuentista, tocador de guitarra, jaranero, bailarín de marinera, excelente guardaespaldas, trocó su esclavitud en señorío (al revés de lo que decía Garcilaso) con una naturalidad increíble. Para compensar las humillaciones que le imponían sus patrones, se jactaba de una antojadiza superioridad sobre el indio. Indios y negros se entendieron al cabo [p. 87].

Se puede notar que Sánchez ha trabajado más su estilo y en algunos casos ha transcrito algunos párrafos de su libro anterior, que aparecen ahora como originales. Tampoco estamos ante descripciones ligeras sino, por el contrario, hay un intento de dar una imagen más completa del negro y de las demás razas. Se apela al dato histórico cuando es conveniente y se usa un lenguaje inventivo y locuaz, a pesar de que este es un ensayo aparentemente serio y formal. Esto hace el texto más ameno pero le quita rigurosidad, ya que en su mayoría son impresiones nostálgicas con cierto sesgo irónico. Incluso falta saber si los datos que proporciona son fidedignos o comete sus acostumbrados deslices. Lo cierto es que este trabajo se difundió sin más modificaciones, en las ediciones locales de 1963 y 1973. Esta última, masiva y popular, tuvo el auspicio del gobierno de Velasco. Pero este es ya otro asunto, basta con lo analizado hasta el momento.